

Como es de bien nacidos el ser agradecidos, me gustaría empezar reconociendo a nuestras autoridades municipales, y en concreto a Estefanía Fernández Alejo, concejala de Cultura, la confianza depositada en mí para ejercer de pregonera en este carnaval extraño.

Gracias también a todas las personas que me están viendo en las redes. ¡Cuánto trabajo le damos al duendecillo ése de Internet que realiza estos milagros! Me encanta saber que, además de los jóvenes, hay personas mayores que juegan con el duende y han aprendido a hacer video llamadas y a enviar abrazos virtuales.

Siempre me he preguntado cuál es el criterio que se sigue en el ayuntamiento para elegir al pregonero de las fiestas que a lo largo del año celebramos en el pueblo, y sólo alcanzo a una conclusión: amar a Villafranca y estar orgulloso de ser y sentirse chelero, pregonar las virtudes de nuestro pueblo dentro y fuera de él, llevar La Chela allá donde el destino quiera que estemos, entristecernos al ver secas nuestras lagunas, o emocionarnos y extasiarnos al admirar desde allí un atardecer, merendando un gazpacho con mucho escabeche o pimientos fritos con huevo revuelto; percibir esa luz previa a la tormenta como el preludio del olor a tierra mojada que vendrá después, transformarse y pensar de otra manera, al entrar al pueblo por san Antón o por san Blas, porque cambian las palabras con las que pensamos. Decía mi abuelo que incluso sus mulas andaban más ligeras desde que empezaba a verse la torre de la iglesia a lo lejos. Si alguien siente todo esto como propio y le añade otro poquito, podrá ser pregonero en Villafranca. No se necesita más.

Otra pregunta que me ha tocado hacerme estos días es al mismo tiempo un reto: ¿Cómo ser pregonera de algo que no se va a

celebrar igual que siempre?¿Cómo pregonar este carnaval virtual?

Pues se pregona estando firmemente convencida de que el Carnaval y nuestra Fiesta de Ánimas seguirán vivos a pesar de esta pandemia que nos trae locos a todos. La enfermedad pasará, igual que pasaremos nosotros, y estas fiestas seguirán existiendo, como desde hace más de cuatrocientos años. Pregono este Carnaval porque sé que somos fuertes y tenemos ganas, muchas ganas de seguir celebrándolo; porque este mal año se superará, y porque doblegaremos al coronavirus.

Que no celebremos este año el Carnaval en la calle, en los desfiles o tomando cerveza en los bares, aumentará nuestro sentimiento de nostalgia, engrandeciéndolo con añoranza. Nuestra Fiesta de Ánimas también podemos celebrarla interiormente, con ese carácter de respeto, homenaje y recuerdo que debemos a las almas de los que ya no están, y que, al fin y al cabo, son el motivo último de lo que festejamos.

Igualmente podemos celebrar este no-carnaval recordando otros anteriores, contando historias en familia, acordándonos de tal o cual carroza, o rememorando aquel año en que nevó durante el desfile. Esto, igual que hablar y recordar a nuestras Ánimas, también es hacerlas existir, pero de una forma distinta y más entrañable.

Con el Carnaval celebramos la alegría y el desbordamiento que precede al recogimiento de la Cuaresma. No es imprescindible ese desenfreno vistiéndonos de mariposa o de pirata. Se me ocurre que este año podemos celebrar la alegría de vivir, o incluso permitirnos ciertos hermosos excesos de la vida, comiendo, bebiendo o amando un poco más. La misma imaginación que empleamos los villafranqueros en fabricar disfraces, vestirnos de mascarita y realizar bailes y carrozas,

podemos utilizarla para disfrutar más de la intimidad con la familia o la pareja. Cada cual decidirá hasta dónde llegan sus ganas y su imaginación. Yo, por lo pronto, he hecho esta mañana unos platos de arroz con duz y un par de roscutreras. Igual esta noche me coloco unas orejas de Micky Mouse para ver una peli o nos echamos mi marido y yo un bolero en el salón de casa.

Por todo esto y porque los símbolos y recuerdos de celebraciones pasadas perduran en nuestros corazones, creo que es necesario pregonar el Carnaval también este año: para recordarnos que pese al dolor que sufrimos, las fiestas continúan vivas y las seguimos amando, tanto si podemos celebrarlas en la calle, como si no.

No quiero contaros batallitas del tipo de “¿Os acordáis del frío que pasábamos cuando no había calefacción en las casas; de cuando íbamos a bañarnos a la laguna en el carro, con las mulas de nuestro vecino; o de la tía Alejandra, que iba a guisar a las bodas?” porque lo habéis oído repetido en otras ocasiones y cada cual tiene sus propios recuerdos. ¿Quién querría perder un cuarto de baño para poner un barranco en el corral o lavarse en una caldereta?

Sí creo que corresponde a este pregón de no-carnaval, un somero repaso de las costumbres y tradiciones de estos días, y de los ritos y protocolos de la Fiesta de Ánimas, fiesta religiosa celebrada en los mismos días que el Carnaval, aunque están contenidos en un trabajo más completo que publiqué hace unos años, acompañada de Domingo Camuñas, y que se puede consultar en la página del Tío Cazuela. Tuve el gusto de compartirlo para que pueda ser de todos, pues pienso que el

conocimiento, si se reparte, no se divide como el dinero, sino que se multiplica.

Como este carnaval lo vamos a celebrar también en nuestra imaginación, deberíamos haber “ido de chochos” ya hace unos días, preparando la masa de las roscutreras con huevos, aceite “frito frío”, una “poquita” ralladura de limón, un vasejo chiquitino de giniebla, azúcar “según los huevos”, “harina la que pida” y, para que los chochos salgan huequecicos, unos “papelillos”. Después, hacer las tiras y esperar que hagan “corteza” para poder cortarlas en trocitos pequeños, que se fríen en abundante aceite “del bueno”, cuidando que éste no se “engüeve”.

Habríamos dejado enfriar y asentar los chochos, y ayer tendríamos que haber puesto la miel a calentar hasta que estuviera “cocha”. (¿Que cuál es el punto de la miel cocha? Pues mira: te pones al lado de la sartén un plato blanco con agua fría, y cuando echas una gota y se quede “recogida”, ya está.) Ése sería el momento de echar los chochos y removerlos con “cuidaico que no se rompan”, y, una vez impregnados todos de la miel justa, colocarlos en forma de corona sobre una bandeja, abrasándote los dedos al apretarlos. Bueno, te los puedes mojar de vez en cuando en agua fría para que no se peguen tanto; pero poquito, que, si no, se “enaguarchan”.

¿Habéis intentado explicar esta receta a alguien que no sea de Villafranca? Por experiencia, os aconsejo que ni lo intentéis.

Hoy, con el café de la sobremesa, nos hubiéramos comido la primera roscutrera. (Me consta que todos los miembros de mi familia este año también han llevado a cabo la tradición completa, pero cada cual en su casa. Incluso mi hija María, en Francia, la ha hecho.)

Gracias a la religiosidad de la Fiesta de Ánimas, nunca ha dejado de celebrarse en Villafranca el Carnaval, que es una fiesta pagana y prohibida en distintas épocas históricas. Nuestra Fiesta de Ánimas, como digo, tiene su origen en las cofradías y hermandades de carácter religioso-militar que surgieron tras el Concilio de Trento, a mediados del siglo XVI, y durante la Contrarreforma que lo siguió. Así que nuestras mayordomías pueden presumir de tener casi cinco siglos de historia y, a pesar de ser tan viejas, gozar de buena salud. Por este y otros motivos, nuestro Carnaval y Fiesta de Ánimas se han ganado la condición de Fiesta de Interés Turístico Regional.

Esta larga vida demuestra que nuestras fiestas han estado vivas, y son grandes porque son de todos, no porque lo pasemos mejor o peor disfrazándonos de mariachi o de lagarterana, sino porque las compartimos.

En Villafranca perviven cuatro mayordomías: dos mayores, que son la Capitana Mayor y su Abanderada Mayor, y dos menores, Capitana Menor y Abanderada Menor o de los “marraches”. Cada una de ellas desarrolla distintas funciones a lo largo del año que dura la capitanía, entre un carnaval y el siguiente, y en los tres días con que culmina la celebración, que es la que este año nos “saltamos de hueco”.

Como me ha tocado ser pregonera de un carnaval virtual, me corresponde también decir que estos días no veremos a las mayordomías recorrer mañana y tarde las ermitas del Cristo y de los Santos Viejos para “hacerles el saludo” con las Banderas de Ánimas, terminando el paseo en la iglesia, en cuya puerta se bailan con gracia ante las autoridades, al entrar y salir de misa, por la mañana, y en la celebración de vísperas, por la tarde.

Este volteo de banderas, o “darle a la bandera”, como decimos nosotros, sirve para “mandar luz a las Ánimas del Purgatorio”, y siempre se ofrece a Dios, pidiendo su favor y ayuda para elevar las almas al Cielo. Las cruces de Malta, en rojo, representan la antigua pertenencia de las mayordomías a la Orden de san Juan de Jerusalén. Asimismo está simbolizado el árbol de la vida en verde, las calaveras nos recuerdan la muerte y en el centro de las banderas está representada la Custodia con la Sagrada Forma.

Estas Banderas de Ánimas acompañan al Cristo de Santa Ana en sus dos procesiones anuales.

Tampoco hemos salido a la puerta a “echarles a las Ánimas” desde el día de Navidad hasta el domingo de carnaval. Nos bastará figurarnos su característico campanilleo y creer que oímos dar las gracias con el acostumbrado “Las Ánimas Benditas te lo paguen”, a lo que habríamos de responder, como se debe, “Y a ti los pasos”.

De madrugada, entre sueños, nos parecerá oír estos tres días el tamparrantán de los tambores, que acompañan a los guiones y a los mayordomos a dar los buenos días al pueblo y entre sí y sus familias, y admiraremos los ramos de los capitanes y los atuendos de los pajes.

Quizá mañana, si pasamos por la plaza, veamos alguna mascarita nostálgica, perdida sin encontrar el concurso.

¡Cómo estamos echando de menos los pinchos y las cañas multitudinarios en nuestros bares!

Nadie preparará las bandejas con frutos secos y otras chucherías para convidar a todos a coger el “puñado” mañana por la tarde.

¿Qué haremos el domingo a las cuatro, sino imaginar que oímos los pasacalles que debería estar tocando la “música”, mientras acompaña a las mayordomías y a la Justicia a “entrar a ofrecer” los presentes que después del Ofertorio se subastarán, con el fin de obtener dinero para sufragar las misas de todo el año por las Ánimas Benditas, junto con el conseguido en la petición por las calles con las campanillas y las huchas?

No podremos presenciar los corros en que las mayordomías salientes entregan los ramos y las banderas a las entrantes, antes del gran desfile de comparsas y carrozas que culminaría las fiestas. La plaza estará vacía y no vendrán gentes de otros pueblos. Los caballitos se irán sin haber llegado a venir, los feriantes no montarán sus casilletas y este carnaval será tan triste como el Miércoles de Ceniza que le sigue.

Un virus maldito nos está impidiendo llevar a cabo una de nuestras más importantes tradiciones, fundamental en nuestra idiosincrasia y nuestro acervo cultural, al igual que lleva haciendo desde hace casi un año con las demás: no pudimos salir de vacaciones el verano pasado, nos quedamos sin feria y, como se ha querido salvar económicamente la Navidad, nos ha venido la tercera oleada de la pandemia, que está siendo, hasta ahora, la peor de todas.

Esta no celebración bien podría servirnos para ser más conscientes del valor de nuestras fiestas, para cuidarlas con delicadeza y cariño, y para que tal vez los años venideros participemos más o inventemos algo nuevo que las engrandezca.

Los sanitarios agradecemos mucho y de todo corazón, el aplauso que durante el confinamiento nos dispensabais, desde balcones y ventanas, cada día a las ocho, y con el que reconocíais nuestro

esfuerzo. Todos entonábamos como himno el “Resistiré” del Dúo Dinámico, y lo cantamos a voz en grito más que si hubiera sido la canción del verano. Pero eso es insuficiente si no existen la solidaridad y la colaboración. Se necesita también empatía para ponerse en el lugar de todos los profesionales que tanto están trabajando, sufriendo y enfermando a lo largo de este tiempo, ya sean profesores, policías, bomberos, militares, panaderos, agricultores o sanitarios.

Esta pregonera cree que puede aprovechar, como enfermera vocacional desde que tenía tres años, para hacer un llamamiento a toda Villafranca en este pregón virtual, a fin de dejar de hacer locuras y nos auto confinemos en la mayor medida posible. No debemos conformarnos con dar por buena la “costumbre” de oír en las noticias que hay varios miles de contagiados y cuatrocientos muertos diarios. No podemos permitirnos ni cuatrocientos ni diez siquiera.

En manos de nuestros políticos y de nuestras autoridades están la gestión y organización de recursos y normas, que han podido no ser los ideales hasta ahora, pero en las nuestras tenemos respetarlos, seguirlos y aprovecharlos, e impedir la transmisión del virus, que tanto mal está provocando. No debemos consentir que nuestros mayores mueran infectados y solos, sin una mano familiar que los consuele en sus últimos momentos, pero tampoco que unos cuantos descerebrados e irresponsables sigan reuniéndose como si no pasara nada, considerándose inmortales.

Necesitamos solucionar este grave y acuciante problema mundial, y vacunar a los casi ocho mil millones de personas que pueblan la Tierra, para poder respirar tranquilamente, descansar,



y mantener a raya a este virus, que ha venido a quedarse a convivir con nosotros.

Si todos tiramos del carro con la pequeña fuerza que tengamos cada uno, podemos estar seguros de que el carnaval del año que viene será mucho más divertido y desenfadado que cualquier otro que hayamos vivido anteriormente, lo disfrutaremos con más ganas que nunca porque habremos dejado de lamentarnos por la pandemia, y podremos vestirnos de máscara o disfrazarnos de payaso o de hada, desfilar en carroza, y oír con agrado, aunque nos despierten a los amaneceres, las campanillas de las ánimas o los tambores de nuestras mayordomías.

Debemos obligarnos a poner cada uno todo lo que podamos, porque, si no, sólo nos quedará encomendarnos a las Ánimas Benditas para que nos amporen.

Me gustaría terminar este pregón con una dedicatoria a todos los miembros de mi familia, que tanto ama a Villafranca y sus fiestas, y con la que comparto los mejores momentos de mi vida, y especialmente a mis padres, que siguen siendo mi guía.

Gracias y hasta siempre, Villafranca, y larga vida al Carnaval.

Pilar C. M.